


# El misterio del **Barrio Chino**

José Güich Rodríguez



龍角





El misterio del  
**Barrio  
Chino**

José Güich Rodríguez



*El misterio del Barrio Chino*

*Primera edición: julio de 2013*

Fotografía de cubierta: Archivo SM, José Rebazza

Retoque digital: José Quijaite

Diagramación: Rocel Rodríguez

Edición: Dante Castro

Coordinación editorial: May Rivas

© del texto: José Güich Rodríguez

© de esta edición: Ediciones SM S.A.C., 2013

Micaela Bastidas 125, San Isidro, Lima, Perú

Teléfono: (511) 614 8900

contacto@sm.com.pe

www.sm.com.pe

www.leotodo.com.pe

Impreso en el Perú / *Printed in Peru*

Impreso por Metrocolor S.A.

Los Gorriones 350-360, La Campiña, Chorrillos, Lima

www.metrocolor.com

Tiraje: 1 500 ejemplares

ISBN: 978-612-4163-76-0

Hecho el Depósito Legal

en la Biblioteca Nacional del Perú: 2013-09125

Registro de Proyecto Editorial: 31501311300474

Todos los derechos reservados. Queda prohibida cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin el permiso previo y por escrito de los titulares de los derechos de propiedad intelectual.





El misterio del  
**Barrio  
Chino**



José Güich Rodríguez







*A la memoria de mis amigos  
Raúl Valenzuela y Alfonso Cisneros Cox.*





# Uno

El cuerpo de Pablo Teruel salió despedido hacia unas cajas de cartón grueso que se hallaban en el depósito donde practicaba. Cayó pesadamente y derrumbó algunas rumas a su paso. Fue un puño preciso que, en fracción de segundos, golpeó su esternón. Un preocupadísimo muchacho de aspecto oriental se acercó de inmediato a la figura que intentaba ponerse de pie entre los envases desperdigados.

—¿Estás bien, Pablo? Mil perdones... —dijo, mientras ayudaba a su oponente. Ambos vestían ropa adecuada para entrenamiento deportivo.

Por fin logró salir de ese desorden, trastabillando y algo aturdido.

—No es tu culpa, Antonio. Las cajas vacías amortiguaron —dijo—. Me descuidé, simplemente.

—¿Seguro que no te hiciste daño? Creo que no calculé bien. El *wing chun* tiene esos riesgos.

—Muy seguro —se estiró, hizo flexiones y dio saltos para demostrarlo—. Todo en su lugar. Estoy entero.

Antonio se tranquilizó.

—Bien. Continuaremos las lecciones la próxima semana —se inclinó, ceremonioso.

Teruel respondió con el mismo gesto. Pasaron al vestuario para asearse y cambiarse de ropa y calzado. En la antesala, unas muchachas les sirvieron refrescos. Eran las hermanas menores de Antonio.

—Padre dice que vayas a la oficina. Quiere que lo ayudes a resolver un asunto urgente —dijo la mayor de ellas.

—Voy enseguida. Despediré a Pablo.

La muchacha asintió. Luego, murmuró algo a la más pequeña. Las dos rieron con los dedos sobre los labios. Parecía que entre ellas hablaban del visitante. Teruel les dio las gracias. Cruzaron un pasaje interno y llegaron al local donde se exhibían los diversos productos del negocio. Había mucho público a esa hora, cerca del mediodía. Los empleados, solícitos, atendían los requerimientos de la clientela.

—Siento no acompañarte hasta el diario hoy, Pablo, pero aquí me necesitan. Tú me comprendes...

—Descuida. No olvides el cuento. El que publicamos el mes pasado tuvo muy buenos comentarios.

Antonio sonrió.

—Con tanto trabajo aquí, lo dejé abandonado. Te lo entregaré pronto.

—Escribes muy bien. Esos ambientes exóticos atraen lectores. Algún día deberías publicar un libro.

Al muchacho lo apabulló el cumplido.

—Gracias, Pablo... pero a medida que pase el tiempo, caerán sobre mis hombros más responsabilidades, como corresponde al hijo mayor. Quizá ya no pueda escribir, salvo cartas comerciales.

Teruel se rió de la ocurrencia, pero sabía que el comentario de su amigo encerraba una cuota de tristeza. Se despidieron en la puerta de la calle Capón, el centro neurálgico de ese barrio con escaparates pintorescos, donde campeaban inscripciones tanto en chino como en castellano. Le encantaba esa fusión de elementos, tan disímiles entre sí respecto de sus orígenes, pero integrados, con el transcurso del tiempo, en un todo armónico. Su trabajo en *El Centinela* le había permitido conocer con más elementos de juicio ese increíble universo de colores y sonidos, y trabar vínculos con representantes de la próspera comunidad. Antonio era uno de ellos.

Algunas comisiones periodísticas sobre el auge de los ciudadanos chinos y sus descendientes, encomendadas por Barandiarán (quien muchas veces recogía las sugerencias de los directores del periódico), daban cuenta del creciente interés que esa colonia despertaba en la opinión pública. La donación de un monumento a la ciudad por el Centenario, el año anterior, había consolidado la simpatía general por los chinos residentes en el país, aunque, como la historia lo confirmaba, no siempre los modales de los peruanos fueron delicados.

Dio un breve paseo. Almorzaría en algún lugar tranquilo para más tarde dirigirse al periódico. Estaba planeando una futura crónica sobre el *wing chun* como propuesta personal. Sus avances aún eran escasos. Ya llegaría el momento.

*Lima, 12 de mayo de 1922*

*Mi querida Marilú:*

*Trato, por todos los medios, de cumplir con mi promesa de escribirte. Perdóname si en ocasiones me atraso un poco, pero ahora me dan más obligaciones en el diario y eso complica mucho los planes. ¿Cómo va todo por allá? Deseo que tu mamá complete pronto su recuperación. Es un roble. Sé de la calidad de los médicos argentinos; estoy convencido de que regresará a Lima como si nada hubiese pasado. Me imagino cuán preocupada debes de encontrarte todavía, pero lo peor ya quedó atrás. El hecho de que superara con éxito la operación es alentador. También deseo que el Dr. Zavala se encuentre más tranquilo ahora. Dile, por favor, que me comunicaré. Salúdalo.*

*En cuanto a mi trabajo en El Centinela, consideran que soy el indicado para redactar crónicas sobre la vida contemporánea en un estilo que combine la observación con la ironía. También hago "suelos" del mundo cultural (aunque te confieso que yo quisiera escribir sobre política).*

*Los directores y mi jefe inmediato, el señor Luis Barandiarán, creen con fe ciega, como yo, en la modernización del periodismo. Parece que no lo hago mal, a pesar de que no tenía experiencia cuando me presenté, atrevido yo, con esa especie de artículo de costumbres sobre el football, ese deporte que trajeron los ingleses y que en los últimos años ha despertado gran interés entre los aficionados. Ahora, incluso, el torneo cuenta con equipos surgidos en los gremios obreros.*

*Y aquí viene la parte venenosa (no puedo evitarlo, tú me conoces): Leguía también lo utiliza para sus fines de propaganda. Parece que las jacas y mulas ya no son su única debilidad; ha*



*asistido a algún match, de esos que llaman de exhibición, y ha bajado al campo de juego a saludar y hacerse ver. Pan y circo, como le gusta al peruano típico. Por supuesto, también los miembros de la Resistencia hemos aprovechado la ocasión para pifiarlo como se merece este engendro. La culpa la tienen los mismos ingleses, con el regalo que hicieron el año pasado por el Centenario: el stadium, en Santa Beatriz, para reemplazar al viejo. Crearon un espacio donde el enano infecto tuviera una oportunidad más de lucimiento, rodeado de una serie de lacayos y aduladores que lo han convertido en su divinidad. Aquí termino con la descarga. No quiero fatigarte con rabietas.*

*Tendrás que contarme qué otras novedades has visto en las librerías de Buenos Aires. De hecho que pronto te mandaré una pequeña lista de obras que me interesan mucho, especialmente de intelectuales socialistas y anarquistas. Y, por supuesto, poesía.*

*Ando un poco magullado en estos días, porque mi buen amigo Antonio Loo me da clases de wing chun, un antiguo arte de boxeo chino. Te he hablado de él. Es hijo de un hombre de gran fortuna, un importante personaje de la comunidad china; Antonio nació en el Perú y tiene un año menos que yo. Es muy buen lector, con dotes para la literatura. El diario publicó un cuento suyo que yo llevé y gustó mucho. Lo estoy convenciendo para que me entregue otro; tengo la impresión de que su familia espera que muy pronto tome el control de los negocios. Es una lástima eso. Otro talento desperdiciado en aras de la prosperidad.*

*Quiero escribir una crónica sobre el wing chun, pero supongo que antes debo conocer mejor sus secretos. Lo interesante es que se acerca más a una filosofía que a un simple intercambio de puñetes o puntapiés. Aprovecha las iras del adversario para usarlas en su contra y vencerlo.*

*Barranco amaneció soleado. Me imagino que extrañarás  
harto el terruño. El otro día vi al poeta Eguren extasiado  
frente a tus rosas, que contemplaba desde el otro lado de la  
rejita. Yo lo acompañé en silencio un rato. Es todo un personaje.  
A veces también me lo cruzo en el tranvía, donde una vez me  
firmó un ejemplar de Simbólicas. Pero dicen que se hace a pie  
todo el trayecto de ida y vuelta. No te preocupes; paso por ahí  
siempre. Nilda y Roque tienen en muy buen estado la casa y el  
jardín. En poco tiempo volverás. Cuidate mucho de los galanes  
porteños.*

*Con todo mi afecto,*

*Pablo*

La voz imperativa de Barandiarán remeció la oficina:

—¿Ya regresó Quispe con las fotos? Vamos atrasados  
y don Arturo quiere verlas.

Teruel apartó la vista de su máquina de escribir.  
Se inquietó, porque el gráfico era puntual. Miró el reloj  
que presidía la enorme sala poblada de escritorios:  
cuatro y media de la tarde. Algo malo ocurría. Conocía  
al muchacho, pues habían salido varias veces juntos para  
ciertas comisiones. Se acercó al escritorio del editor.

—Don Luis...

—¿Qué pasa, Pablo? —el jefe estaba tenso, pero  
Teruel sabía cómo tratarlo.

—Juan no se retrasa jamás. Es muy responsable. Ya  
terminé el suelto que me pidió —se lo entregó—; yo puedo  
buscarlo. Quizá tuvo algún problema. ¿Dónde se supone  
que está?

El hombre, con la corbata suelta y las mangas de la camisa recogidas, era la imagen de la desesperación:

—Lo envié a Palacio. Leguía recibía al nuevo representante del gobierno chino a las tres y media.

Recordó el comentario de Antonio Loo sobre ese acontecimiento.

—Volveré en seguida. Despreocúpese.

Tomó su saco y sombrero, y abandonó la sala. Descendió y corrió por el *hall* central pidiendo cortésmente que le abrieran paso. Sabía de una ruta corta hasta la Plaza de Armas. A un costado de Palacio, hacia el Puente de Piedra, vio una aglomeración. Se aproximó por simple corazonada. Descubrió a Quispe; discutía con dos sujetos mal encarados. Los rodeaban transeúntes que no intervenían, como si esperaran más.

Teruel se hizo el desentendido:

—¿Todo bien, Juanito?

Los hombres que parecían custodiar al fotógrafo miraron fríamente al recién llegado. Quispe sostenía la cámara contra su pecho, protegiéndola de una posible agresión. Sacó rápidas conclusiones. Teruel miró de un lado a otro. Esbirros de la dictadura, sin duda, que habían visto la identificación del fotógrafo en la solapa del saco. *El Centinela* no era del gusto de Leguía. La consigna era evidente.

—Hola, Pablo —el rostro de circunstancias de Quispe lo delataba—. Es bueno verte.

Teruel midió con disimulo a los dos gorilas, vestidos con trajes desaliñados y sombreros gastados. Llevaban cicatrices sobre el rostro. Despedían un olor





TERUEL

GRAN ANGULAR

*Pablo Teruel, joven periodista y detective aficionado en la Lima de los años veinte, es convocado por su amigo Antonio Loo para develar misteriosos sucesos ocurridos en el Barrio Chino. Con la ayuda de una serie de personajes, incluso históricos —como los célebres Jorge Basadre y Raúl Deústua—, el zahorí protagonista descubrirá aspectos impresionantes del pueblo chino, milenaria cultura que comenzó a instalarse en nuestro país desde el siglo XIX. Teruel, que cree en la experiencia, el método inductivo y las demostraciones razonadas, se irá abriendo a un mundo de contenidos mágicos; de este modo, el lector se dirigirá a un final sorprendente gracias a la audacia del autor.*

**JOSÉ GÜICH RODRÍGUEZ** (Lima, 1963). Es escritor y maestro. Estudió Literatura en la Pontificia Universidad Católica del Perú. Autor de los libros de cuentos *Año sabático* (2000), *El mascarón de proa* (2006), *Control terrestre* (2013) entre otros. Sus relatos han sido incluidos en diversas antologías nacionales y del extranjero. La novela *El misterio de la Loma Amarilla* (2009), publicada por SM, es la primera protagonizada por el personaje Pablo Teruel.

ISBN: 978-612-4163-76-0

1 487 62



9 786124 163760

Hecho en el Perú